



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9107

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil sobre.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.—

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de Anis.» MARCA FARELL

LOS MAS SUPERIORES ANISADOS CONOCIDOS HASTA EL DIA Y LOS QUE POR SUS VIRTUDES TONICO-DIGESTIVAS, FUERON PREMIADOS CON MEDALLA DE BRONCE EN LA EXPOSICION DE BURDEOS EN 1882 Y CON LA DE ORO EN LA UNIVERSAL DE BARCELONA DE 1888.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, DON FERNANDO GIMÉNEZ DE BERENGUER, calle de Martín Delgado, núm. 9, principal, Cartagena.

MARTES 8 DE MARZO DE 1892

ESCURSIONES POR SUIZA.

Linththal — Torrentes espumosos. — Sendero pintoresco — Una hermosa cascada. — El Fatschbach.

Estamos en Glaris, á donde hemos llegado en ferrocarril. El aspecto de este pueblecito es hechicero; hay que darle la preferencia sobre todo lo visto.

Seguramente es una hermosa y agradable sorpresa, pudiese hallar en medio de una región salvaje, donde todo se espera menos encontrar lindas y elegantes casas, encantadoras quintas, que nada tienen que envidiar á las de otras partes.

Las dos torres, en forma de flecha, que coronan la Catedral, dominando los demás edificios, son de un lindísimo efecto.

Las calles son anchas y aseadas. Presentan un aspecto completamente moderno, porque un devastador incendio destruyó casi por entero el pueblo antiguo, durante la noche del 10 al 11 de Mayo de 1861. Gracias á la energía de sus habitantes, no tardó en surgir de las cenizas y de los escombros una población nueva.

Visitamos primeramente el jardín público de Glaris, paseo delicioso, cuyo más hermoso ornamento es la fuente, cuyas aguas reflejan, al ponerse el sol, con un matiz de escarlata las cimas del Garmisch.

Con gran pesar abandonamos á Glaris para seguir nuestras peregrinaciones.

Debemos visitar los torrentes del Linth, que transportan al lago de Zurich las aguas de los ventisqueros del Todí.

Pronto llegamos, por ferrocarril, á las ricas aldeas alpestres.

Allí nos aguarda el contraste sorprendente de la vida pastoril, revolada por los gritos alegres de los pastores, y de la vida industrial, que se manifiesta por el humo de las grandes fábricas.

Ciertamente, la industria no parece encontrarse en su marco natural en estas regiones accidentadas. Pero es producto de la iniciativa de los habitantes, que han triunfado de todos los obstáculos y que han hecho del país de Glaris una región productiva, cuando la naturaleza parecía haberle vedado otros recursos que los de los pastos.

Cerca de Schwanden, lindísima aldea montañosa, el «Sernft» se abre un camino de torrentes al través del valle de Kleinthal y el cuadro que le rodea es de una belleza grandiosa.

Por todas partes se ven espumosos arroyuelos, que se precipitan de roca en roca y salen mugiendo

de los sombríos desfiladeros, engolfándose en el valle principal.

Las caídas del Lenggeibach y del Diesbach atraen principalmente la atención; pero cada arroyuelo tiene su belleza particular y contribuye por su parte al espectáculo magnífico que ofrece esta comarca.

Ya hemos llegado á Linththal, el último pueblecito del valle no lejos de los baños célebres de Stachelberg. Aquí es donde de todas las regiones del mundo se dan cita los viajeros más distinguidos para reposar en verano de las fatigas del invierno mundano.

Las oscuras casas alpestres, construidas de madera, con techos cubiertos de grandes piedras, forman un contraste sorprendente con las fábricas de hilados que bordean las orillas del Linth.

Pero por todas partes se revela el bienestar y el «comfort» en este pueblo de la montaña, que, en cierto modo, parece estar al fin del mundo. En efecto, en Linththal se detiene la línea férrea, y á algunos kilómetros la región accesible para los carruajes y caballos. Ya no hay más que senderos, que sirven á los pastores para llevar á pastar á sus rebaños.

Estos mismos senderos se pierden entre las rocas, y el turista que se aventurara solo, sin guía, en estos parajes, cubiertos siempre de nieve, arriesgaría su existencia.

Un solo camino hay practicable durante la estación del buen tiempo desde Linththal hasta las montañas, y el excursionista puede entonces aventurarse sin guía y sin demasiado peligro. Este camino es el Klausenpass, que conduce en diez horas de marcha desde Linththal hasta el valle de «Schachen» y desde allí hasta Altorf, cabeza del cantón de Uri.

Este camino tiene fama de ser una de las partes de montañas más seductoras de Suiza, por razón de las numerosas bellezas naturales que ofrece á las miradas del viajero.

Tenemos buenos pies, y nos decidimos á hacer este viaje andando.

Con nuestro saco de turista, provisto de víveres, dejamos la estación de Linththal, siguiendo durante media hora el sendero que bordea el Linth, al que vemos precipitarse en el vacío á nuestros pies.

De repente oímos á la izquierda un sordo zumbido que sale del bosque montañoso. Atráenos la curiosidad; nubes de agua nos rodean, frescas y bulliciosas.

El Fatschbach da la ilusión de un cráter volcánico que, en vez de fuego y de lava, vomitara polvo de agua y espuma de torrentes.

Esta es la más hermosa cascada del cantón de Glaris.

COLABORACION INÉDITA.

Cuento fantástico

EL CORAZÓN DE LIBÉLULA

—Serénate Libélula—dije al pobre muchacho poniéndole la mano en la espalda. Lo que acabas de decir es un disparate... ¡Sí, un disparate sin precedente! añadí con mayor energía, al ver que Libélula movía negativamente la cabeza.

—Bueno, pues pon aquí la mano—me contestó muy serio, llevando mi diestra al lado izquierdo de su pecho.—¿Sientes algo?—No, le contesté—nada siento, pero eso no prueba nada. La circulación es en ti lenta y silenciosa, y el centro de la vida trabaja hondo en tu pecho.

—Oye—me dijo, fijando en mí sus ojos enérgicamente expresivos—tan cierto como que yo daría por ti la vida si me la pidieras, es que desde hace ocho días, ando por ahí sin corazón.—¿Qué sabes tú de esto si no te ha sucedido jamás?—Te digo que lo he perdido hace ocho días, en mitad de la calle, no sé de cual, cerca de la casa de ella. Por allí ha debido caerme, por allí debe estar.

Cojió mis manos entre las suyas, que ardían con la fiebre, y antes de irse me dijo mirándome con expresión de súplica tan honda, que me dió frío:—¡Buscá-melo por Dios! ¡yo no puedo vivir así, no quiero vivir así! y me volvió la espalda y salió hosco y silencioso.

No volví á ver á Libélula en dos días. Había huído del café por que decía que un hombre sin corazón como él, no gustaba el placer de la conversación, y aunque para curarle le había yo asegurado que todos le echábamos de menos, no pude conseguir que volviera.

Le vimos dos noches acercarse al puesto del fosforero y comprar un periódico, que leía rápidamente bajo el farol de la esquina de la calle del Arenal, y sólo en la cuarta plana, porque me aseguró muy serio que era materialmente imposible que nadie hubiese encontrado la viscera preciosa que había perdido, en cuyo caso, y si era persona de conciencia, debía anunciarlo un día ú otro.

¿Para qué podía querer nadie el corazón de Libélula, teniendo ya uno?

No ví jamás idea fija más enérgicamente incrustada en cerebro alguno. Cuando por vez primera nos refirió el hecho me aterró el aplomo con que lo contó.

—Iba yo á su casa, de noche, nos dijo; cuando ella no puede distinguirme en la calle, porque ya sabeis que no quiere verme, y de pronto, al abrocharme, porque sentía frío, eché de menos el corazón.

Palpé por todas partes, metí los dedos con ira por las costillas... nada, ya no estaba allí.

Volví atrás, registré todo el camino... tampoco.

Llamé á un guardia, le conté lo que me pasaba, y el imbécil me contestó que no podía ser.

¿Con qué no podía ser, y yo, que era el interesado, había dejado de sentirle en el pecho?

Busqué yo solo... y nada. Me fui á casa, y en el camino ví el cuerpo de un asesinado en el arroyo, guardado por los serenos y con tremenda expresión de agonía en el rostro. ¡Y le miré y pasé sin sentir nada, como quien ya no tenía corazón!

Y pensando en ello á solas, en mi cuarto, maldije de mí mil veces, y no me pegué un tiro porque no sentía....

¡La falta del corazón os digo!

Me puse el frac y fui á verla, á ver si aquella mujer quería hacer la caridad de curar á Libélula de su terrible manía, aunque fuese engañándole. Yo no tenía duda de que por ella andaba mi pobre amigo tan desequilibrado de facultades,

y si ella no había perdido también el corazón, se apiadaria.

Iba aquella noche de baile y la encontré en el jardín. Parecía con el abrigo de pieles una emperatriz bajando á dar á su pueblo la limosna de la vista de su persona. Tomó mi brazo y seguimos un rato á pie.

Se lo conté todo, y al oír la rareza de la manía del pobre Libélula, se rió con franca y juvenil que á mí me pareció una puñalada, por tratarse de cosa tan seria, pero no la dije nada, ni retiré el brazo.

Llegué á sentir miedo. Llegamos silenciosos hasta la calle, y como dijo que tenía fríos los pies, quiso seguir andando un rato.

En la esquina de una calle, solitaria como todas las de aquel barrio aristocrático, me detuvo de pronto apretándome el brazo. Me paré en seco y ella se inclinó hacia el suelo donde distinguí algo que me pareció una piedra. Se irguió enseñada y dijo:—Toma, pues, era verdad! Es el corazón de Libélula.

Lo apartó con el pie, regamente calzado, llamó al coche, subió, se despidió de mí y me quedó en medio de la calle, clavado por el espanto.

Volví temblando á la acera y recojí el corazón de Libélula que con el pequeño puntapié de ella había rodado hasta el arroyo.

Noté que según iba andando, el corazón que llevaba cuidadosamente envuelto en un pañuelo, se esponjaba agradecido al sentir el calor de alguien que le trataba compasivamente y hechos extraños que se producen cuando pasan por nuestra vida real y prosaica, girones de fantasía... hasta me pareció que la humedad que el corazón destilaba en el pañuelo eran lágrimas del infelicísimo Libélula. Entré en el café y llamé aparte á Arteria, el médico de todos nosotros, y juntos nos fuimos al cuarto piso de Libélula. Hacía ya dos horas que estaba dormido y no quiso Arteria despertarle; con ayuda del cloroformo insensibilizó al hombre sin corazón, y luego delante de mí que temblaba de espanto, con maravillosa destreza le abrió el pecho y colocó en su sitio el corazón como quien coloca una pieza de relojería, dándole luego movimiento con un golpe del dedo índice.

Pero la locura de Libélula era irremediable.

Tuvo su corazón pero no le dejó el punzante recuerdo de ella.

—Esto no tiene remedio, nos dijo en el café, días antes de que le lleváramos al manicomio.

Le siento aquí, pero enfermo; alguien le hirió antes de que lo encontráreis y me lo devolvierais.

Y todavía, cuando vamos á verle á la casa de salud, los días de hermoso sol que templá á oledas tibias el jardín del manicomio, suele decirnos con melancólica sonrisa y resignado acento:

—¿Oís? Tic—tac—tic—tac... lo mismo que antes, pero más despacio, como si le doliese la herida.—Y se queda como en doloroso éxtasis, mirando al cielo con sus ojos dulces y serenos, y la mano derecha junto al corazón...

¡Pobre Libélula!

FEDERICO URRECHA.

5 Marzo de 1892.

(Prohibida la reproducción.)

COLABORACION INÉDITA.

PARENTESIS.

No pasa día sin que la prensa dé noticia de haber estallado en algún sitio de la península ó en el extranjero, un petardo de dinamita. Al pie de la noticia ya se sabe; la siguiente colecciona: «No han sido habidos los autores del bárbaro atentado, suponiéndose que sea obra de los anarquistas.»

La lectura de uno de estos sucesos, pone los pelos de punta á los más; los menos, se alzan de hombros, abren sus labios á una sonrisa, no se sabe si de terror ó de indiferencia y murmuran: «Hasta la otra.»

En tanto nuestros gobernantes y los gobernantes extranjeros se preocupan bastante por el incremento que adquieren las teorías de destrucción llevadas al terreno de la práctica y ven aproximarse una avalancha terrible llamada á transformar lo existente... pero nada más. Permiten con su inercia, que la clase obrera vaya aborreciendo á la clase burguesa, y le que es más, á todos los que hemos tenido la fortuna de formar en la salvaguardia de los poderosos.

Un petardo de dinamita colocado en cualquier sitio asesina inconscientemente á uno ó dos desgraciados transeúntes que pagan con su existencia el odio del anarquista reconcentrado en un tubo de latón. ¿A quién culparemos de ese asesinato? No sé á punto fijo; pero me permito declarar que todos somos culpables de ello, por cuanto los gobiernos descuidan, por una parte la educación moral de aquel trabajador, y por otra desatienden completamente las necesidades materiales que son mayores de atender en la clase jornalera por lo mezquino, á veces, de los salarios. Nosotros también deseamos las quejas que ellos exhalan olvidando que en otros tiempos fuimos víctimas de un yugo tiránico que cortamos con la revolución. Y ellos, son meros instrumentos que obran impulsados en la mayoría de los casos por las ideas perniciosas imbuídas en sus raquíticos cerebros.

Semejantes síntomas son indicio de una descomposición social que hay que atajar. Y por desgracia todos nos acordamos de ello, cuando truenan, cuando se avencinan las manifestaciones obreras de Mayo y al estallar un petardo. Entonces hay instantes que quisieramos extirpar á los malvados por el mal que causan y pedimos energía para evitarlo, sin comprender acaso que no es posible. Buena prueba de ello, la tenemos en los sucesos acaecidos en Berlín últimamente.

A los gobiernos toca examinar la cuestión y resolverla dictando leyes que equilibren la suerte del obrero y del patrono, creando hospitales para inválidos del trabajo, y empleando gran energía en lo que á la propaganda de esas ideas se refiere, que las más de las veces suelen traerles á esos fanáticos, funestas consecuencias, que son de lamentar.

Ante la proximidad de lo que pudiera ocurrir en Mayo, todos los Estados se preparan. El mismo Emperador de Alemania trata de tomar la iniciativa para una acción común defensiva contra las contingencias que sobrevengan con motivo de las huelgas y manifestaciones obreras. No es fácil prever el resultado de tales preparativos; pero es de temer que ellos lo entiendan como un alarde de provocación y ya en tal caso, sería probable que alguna hecatombe se registrase, al querer los obreros luchar con la fuerza.

Madrid 5 Marzo.

J. J.

VARIEDADES

EFEMERIDES HISTÓRICAS

8 DE MARZO DE 1895.

Derrota del ejército carlista en el puente de Lárrega (Navarra).

El general Zumalacárregui, que como es sabido fue uno de los jefes carlistas que más se distinguieron en la primera guerra civil, había salido de Cirauqui con intento de sorprender y atacar á la división que, mandada por el general D. Félix Ca-